



Las exigencias propuestas por Jesús en la perícopa anterior provocan fuerte resistencia entre los discípulos. Han interpretado mal la muerte que anunciaba Jesús, considerándola una debilidad y un fracaso. Jesús no ha venido a dar «cosas», sino a

60-62 En aquel tiempo muchos de los discípulos de Jesús, al oírlo, dijeron: «Esto que dice es inadmisibile. ¿Quién puede admitirlo?». Jesús, conociendo que sus discípulos hacían esas críticas, les dijo: «¿Esto os escandaliza? ¡Pues si vierais al hijo del hombre subir adonde estaba antes!

darse él mismo a la humanidad. Por eso el pan que daba contenía su propia entrega, era la señal que la expresaba. También el discípulo debe considerarse a sí mismo como «pan» que hay que repartir. Sólo el que no tema perderse encontrará su vida. En toda esta pequeña sección no se hace referencia a la eucaristía, sino al misterio mismo de Jesús.

63-64 El espíritu es el que da vida. La carne no sirve para nada. Las palabras que os he dicho son espíritu y vida. Pero entre vosotros hay algunos que no creen». (Jesús ya sabía desde el principio quiénes eran los que no creían y quién lo iba a traicionar).

El Espíritu es la fuerza del amor, que procede del Padre (15,26) y es Dios mismo (4,24). El es vida y la comunica. La "carne" sola, sin fuerza ni amor, no es capaz de crear nada. El hombre no acabado es débil y sus empresas no tienen consistencia.

Pero la carne con el Espíritu dará la plenitud al hombre. La salvación que trae Jesús se basa en la

vida nueva que él comunica con el Espíritu. De ese hombre nuevo brotará la sociedad nueva, que será expresión de vida y de entrega.

Pero Jesús no se hace ilusiones con su grupo. Los seguidores solo son simpatizantes. Al llegar esta crisis, va a revelarse quienes son los verdaderos seguidores.

65-66 Y añadió: «Por esto os he dicho que nadie puede venir a mí si no le es dado por el Padre». Desde entonces muchos de sus discípulos se volvieron atrás y no andaban con él.

Jesús no se hace ilusiones acerca de su grupo; no por el hecho de estar con él aceptan todos su línea. Hay resistencias y seguimiento puramente exterior. Al llegar esta crisis, va a revelarse quiénes son los verdaderos seguidores.

El Padre concede el encuentro con Jesús a los que han aprendido de él y se han dejado impulsar por

él hacia Jesús (6,44). Y el encuentro con Jesús se identifica con la recepción del Espíritu.

A pesar de la explicación, la mayor parte abandona a Jesús definitivamente. La propuesta de renunciar a la ambición personal y estar dispuesto, en cambio, a un servicio sin reservas, provoca en ellos absoluto rechazo

67-69 Jesús preguntó a los doce: «¿También vosotros queréis irnos?». Simón Pedro le contestó: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Nosotros creemos y sabemos que tú eres el santo de Dios».

En esta situación difícil, Jesús se dirige a los Doce. Este número aparece aquí por primera vez referido a los discípulos. Jesús les pregunta cuál es su opción; no acepta componendas.

La grave pregunta de Jesús suscita una reacción en el grupo de los Doce. En representación de todos (plural: ¿con quién nos vamos a ir?), responde Simón Pedro. Los Doce comprenden que fuera de Jesús no hay esperanza. No hay otro que pueda tomar su puesto.

El cuarto evangelio no se interesa en absoluto por los Doce (los menciona únicamente aquí y en Juan 20,24). ¿Por qué les da en este texto tanta importancia? La comunidad joánica estaba discriminada, era perseguida, se habían producido en ella rupturas y abandonos. En esta situación, era

lógico que surgiera el interrogante inevitable: ¿no seremos nosotros los equivocados? La respuesta a este interrogante únicamente podía darla la Iglesia oficial, representada por los Doce, a cuya cabeza está Pedro. Esta fue la razón de añadir aquí algo muy importante, pero que, en el contexto de Jn 6, es un apéndice.

La manifestación de Pedro, en cuanto representante de los Doce, es la versión "joánica" de lo que conocemos como "la confesión de Cesárea de Filipo" (Mc 8,27-30 y par.). Pedro no confiesa a Jesús como el Mesías, ni como el Hijo del hombre o el Hijo de Dios; en este pasaje de Juan presenta a Jesús como el Santo de Dios. Las exigencias de Jesús no son una doctrina que pueda separarse de su persona, pues en ellas expresa él su propia actitud.

«Esto que dice es inadmisibile. ¿Quién puede admitirlo?».

También nosotros hemos tenido rechazos, crisis de fe, cuando el Señor nos ha pedido algo que no nos gusta. También en nosotros hay resistencias al evangelio cuando hemos visto claro un compromiso que nos lleva más allá de nuestra rutina religiosa.

Las pruebas y las tribulaciones, las dudas y las deserciones, están ahí, en cada esquina de nuestros días. Ante ellas podemos optar por la huida, el desfallecimiento y la depresión o bien pedir fuerzas y encararlas con fe. **Es así como crecemos**, en cualquier aspecto de la vida. El Señor nos dará la fuerza. En casi todos **los salmos** hay gritos de ayuda y reconocimiento al Señor que socorre y protege.

Hay que optar. Mientras no nos unamos a Jesús en la tarea de transformar este mundo, llenándolo de vida mediante la práctica del amor, estaremos renunciando a nuestra fe. Ahí empieza la debilidad para afrontar los retos. Nuestra tarea, pues, es bien clara: **cambiar las cosas desde el amor, porque el amor todo lo cambia.**

- **Ante las pruebas y dificultades ¿qué camino tomo, el de la huida o el de la confianza y petición de fuerzas para encararlas?**

Las palabras que os he dicho son espíritu y vida.

Por primera vez experimenta Jesús que sus palabras no tienen la fuerza deseada. Sin embargo, no las retira, sino que se reafirma más. Sus palabras parecen duras, pero transmiten vida, hacen vivir pues contienen Espíritu de Dios.

Jesús introduce en quienes le siguen un espíritu nuevo; sus palabras comunican vida; el programa que propone puede generar un movimiento capaz de orientar el mundo hacia una vida más digna y plena.

Me acuerdo de aquel estribillo de una canción italiana que tuvo tanto éxito: "*Parole, parole, parole*". Y que vendría bien cantarla ante tantos discursos huecos, tantas conversaciones banales, tanta verborrea innecesaria, que padecemos hoy.

Esta «inflación de la palabra» ha penetrado también en algunos sectores de la Iglesia. Hoy los eclesiásticos y los teólogos hablan y escriben mucho. Quizá más que nunca. La pregunta que nos hemos de hacer es sencilla: ¿Qué capta la gente en nosotros?, ¿palabras «llenas de espíritu y vida», como eran las de Jesús, o palabras vacías?

Uno de los mayores servicios que podemos realizar en la Iglesia es poner la persona y el mensaje de Jesús al alcance de los hombres y mujeres de nuestros días. Ponerles en contacto con su persona. La gente no necesita escuchar nuestras palabras sino las suyas. **Sólo ellas son «espíritu y vida».**

- **¿No es ya el momento de manifestar con hechos que esas palabras del evangelio es lo que me da la vida?**

«¿También vosotros queréis iros?»

Deserciones. ¡Cuánta gente ha dejado la Iglesia en estos últimos años! Y yo me pregunto, por el grado de responsabilidad que me toca: ¿con una iglesia diferente, más cercana a los problemas de la gente, menos autoritaria y engreída, más servidora y humilde, más acogedora y compasiva, con una iglesia así, se irían? Es verdad que al final son las decisiones personales, la libertad de cada cual, lo que cuenta. Pero el testimonio de los de dentro, de cada uno de nosotros, es lo que atrae, es lo que deja ver el evangelio, **el 5º evangelio que cada uno escribe cada día.**

Jesús no se impone. Lanza la pregunta provocadora y espera. Espera nuestra decisión. Siempre nos deja una puerta abierta, tanto para irnos como para volver. Nos pide respuesta seria y firme. Y nos ofrecerá apoyo, porque la fe, como nos dice el hermano Roger de Taizé, tiene una profundidad que supera la inteligencia y las emociones. La fe se enraíza en esas profundidades donde «el abismo llama al abismo» (Salmo 42,7), allí donde el abismo de nuestra condición humana toca el abismo de Dios. «Nadie puede venir a mí si el Padre que me envió no lo trae» (Juan 6,44). **La fe nace inseparablemente de la acción de Dios y del querer humano.** Nadie no cree contra su agrado. Tampoco nadie cree sin que Dios le conceda creer.

¿A quién iremos? Ya hemos ido a tantos sitios... y no hemos encontrado nada que de sentido y llene nuestro corazón. Eran luces cegadoras de un día, eran ofertas atractivas, pero al final, todas vacías.

En tantos momentos de desolación, de búsqueda, de sufrimientos... puedo decir como Pedro: Señor, ¿a quien iremos si solo tú tienes palabra de vida eterna?